

PENSAMIENTO

Año 5

No. 5

mayo de 1999

• FACULTAD DE HUMANIDADES •

• ACADEMIA DE FILOSOFÍA •



PENSAMIENTO

Órgano de difusión de la Academia de Filosofía
Facultad de Humanidades, UAEM

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE
MÉXICO**

M. EN A. URIEL GALICIA HERNÁNDEZ
Rector

M. EN S. P. EZEQUIEL JAIMES FIGUEROA
Secretario Académico

M. EN A. E. PEDRO LIZOLA MARGOLIS
Secretario Administrativo

M. EN PL. GUSTAVO SEGURA LAZCANO
Coordinador General de Difusión Cultural

LIC. MA. DEL CARMEN MALDONADO DE
MARCO
Responsable del Programa Editorial

FACULTAD DE HUMANIDADES

M. en L. FRANCISCO JAVIER BELTRÁN CABRERA
Director

LIC. JENARO REYNOSO JAIME
Subdirector Académico

LIC. ELVIA ESTRADA LARA
Subdirector Administrativo

M. en H. MIGUEL ÁNGEL FLORES GUTIÉRREZ
Coordinador de Posgrado

LIC. FIDEL S. ZEQUEIRA TORRES
Coordinador de la Academia de Filosofía

LIC. VÍCTOR M. HERNÁNDEZ URÍA
Secretario de la Academia de Filosofía

DR. GERARDO A. RODRÍGUEZ CASAS
Director de la Revista

LIC. ARTURO ÁLPIZAR MUCIÑO
LIC. ROBERTO ANDRÉS GONZÁLEZ HINOJOSA
DRA. MARÍA DEL ROSARIO GUERRA GONZÁLEZ
DR. NOÉ H. ESQUIVEL ESTRADA
DR. MIJAIL MALISHEV
DR. JUAN MA. PARENT JACQUEMIN
DR. JUAN JOSÉ LADINO M.
MTRO. RUPERTO RETANA RAMÍREZ
MTRA. MARIANA ZAMFIR STANCIU
Consejo Editorial

PENSAMIENTO, es una publicación que difunde los avances de las investigaciones y seminarios llevados a cabo en la Facultad de Humanidades, está abierta a cualquier ideología y las opiniones vertidas en los artículos son responsabilidad exclusiva de los autores. Se aceptan colaboraciones firmadas. Los interesados en publicar sus trabajos deberán presentarlos mecanografiados en cuartillas de 28 a 30 renglones, insertado por separado el material gráfico que incluya y un breve currículum del autor. Deberá entregarse la impresión original y dos copias fotostáticas y una en diskette. No se devolverán originales. Dirigirse a la Facultad de Humanidades, Cerro de Coatepec s/n, Ciudad Universitaria, 50110, Toluca, México, Teléfono 13 14 07.

Ilustraciones de interiores y portada: C. Barquera
Diseño, armado y edición automatizada:
Jorge Ricardo León Guerrero
Corrección de estilo:
Elizabeth Guadarrama Pérez

CONTENIDO

Editorial	3	Desarrollo económico y social	
La antropología del diálogo en Martin Buber		Notas a propósito de la aldea global y salud	
Salvador Cabedo Manuel.....	5	Juan Luis Ramírez Torres.....	111
Los fundamentos de la sociología en Jean Paul Sartre		La racionalidad humana y la ética	
Jorge Martínez Contreras.....	13	María del Rosario Guerra González.....	116
Antinomias de la conciencia nihilista de Iván Karamazov		El nihilismo y el fin de la modernidad en Gianni Vattimo	
Mijail Malishev y Anatoli Gagarin	24	José Antonio Mondragón.....	122
Los derechos humanos no son las garantías individuales		El método científico en las ciencias naturales	
Juan Parent Jacquemin.....	32	y las disciplinas humanísticas, y algunas relaciones entre ellas	
Sentido y proyección del investigar		Pedro Canales Guerrero.....	125
Manuel Velázquez Mejía.....	36	Los equívocos de la sabiduría	
La defensa del indio en la obra de fray Pedro de Córdoba		Joel Roman.....	131
Rosa Elena Pérez de la Cruz.....	47	Ser y hermenéutica	
Desdicha de ilusiones		Relativismo contemporáneo o el nuevo fundamentalismo laico	
L. Gumiliov, V. Yermolaiev.....	51	Ramón Kuri Camacho.....	136
El pensamiento social ecuatoriano		Meditaciones líricas	
Pensamiento político-filosófico de José Peralta		Manuela Salas Alarcón.....	153
René Patricio Cardoso Ruiz.....	59	"Una minúscula Grecia para nuestro uso"	
Episteme eidética de Platón		Mito griego, identidad mexicana y vanguardia	
Gerardo A. Rodríguez Casas.....	71	latinoamericana en Alfonso Reyes	
La muerte para Lucio Anneo Séneca		Ottmar Ette.....	156
(El miedo del hombre a la muerte)			
Juan Manuel Frago Reyes.....	85		
La importancia de la teleología			
y la necesidad hipotética en la biología aristotélica			
Armando Aranda Anzaldo.....	93		
Política, moral y derecho en la filosofía de Immanuel Kant			
Germán Iván Martínez Gómez.....	100		
Importancia de la lógica			
Noé Héctor Esquivel Estrada.....	107		

EL MÉTODO CIENTÍFICO EN LAS CIENCIAS NATURALES Y LAS DISCIPLINAS HUMANÍSTICAS, Y ALGUNAS RELACIONES ENTRE ELLAS

* **Pedro Canales Guerrero**

Con cierta frecuencia los aficionados, o profesionales de las ciencias naturales, hablan con desdén del trabajo de las disciplinas humanísticas: creen su desdén fundado en la idea de que el método científico sólo es aplicable y aplicado en las ciencias naturales. Por su parte, a los aficionados al trabajo disciplinado de las humanidades no se les escucha, o evitan, tal vez excepción hecha de los filósofos, hablar del método científico y su posible aplicación en las respectivas disciplinas. ¿Tienen razón unos y otros, los primeros en su desdén, los segundos en su silencio que a veces parece incómodo? El objeto de estas líneas es, no sólo contestar negativamente a esta última pregunta, sino además, fundamentar el elogio del trabajo que los aficionados a las disciplinas humanísticas podemos realizar, elogio no exento de crítica por el trabajo que hemos realizado. Estas líneas intentan reformular, para la discusión, argumentos no tan nuevos pero pertinentes: en la ciencia, la pertinencia es al menos tan importante como la novedad.

Permítaseme, pues, partir de una serie de preguntas cuya respuesta cumpliré, espero, el cometido propuesto: ¿cuál es la diferencia, desde la perspectiva del método, entre la lógica, la filosofía, la biología, la historia, la crítica literaria?, ¿todas son ciencias, y lo serían del mismo tipo?, ¿cuál es la relación que guardan unas respecto de las otras? La primera pregunta es la central pues, como sabemos, no es sino el método lo que distingue el conocimiento científico de los otros tipos de conocimiento. ¿En qué sentido son objetivas o científicas, las conclusiones resultantes del trabajo de las disciplinas mencionadas? Y finalmente, pues me considero aficionado a la investigación histórica: ¿qué tiene que ver el método, la contrastación fáctica en particular, con el trabajo del historiador en archivos históricos?

En primer lugar habrá que decir que todas las ciencias o disciplinas mencionadas son naturalistas, es decir, no apelan a datos o explicaciones extra-naturales para construir sus conceptos, sus categorías, sus proposiciones, sus razonamientos, sus modelos explicativos. Sin embargo, no son disciplinas del mismo tipo; pueden, por el contrario, considerarse disciplinas prototípicas o únicas (algunas) en su género.

En efecto, la lógica formula en el mayor grado de abstracción las leyes del pensamiento correcto, correcto en la vida ordinaria, en la técnica, en la reflexión filosófica, en la actividad científico-natural, en las disciplinas que pretenden el conocimiento objetivo del hombre en sociedad. Por ello, puede concluirse que la lógica establece el método de trabajo más general de la ciencia: ninguna disciplina científica puede ignorar este método; tampoco la filosofía —aunque a ésta no podemos considerarla plenamente como una ciencia, según veremos, ya que la filosofía también utiliza el método más general de las ciencias, de la misma manera que el hombre usa el sentido común en su vida ordinaria, al formular interpretaciones causales que establecen relaciones entre los diversos elementos de la realidad natural: formulación que es objetivo último de todo trabajo analítico, trabajo necesario a la sola síntesis en el caso de la ciencia, necesario a la acción en el caso de la técnica y de la vida ordinaria.

A la biología, por su parte —e incluso más que a la propia física, como veremos—, podemos considerarla prototípica ciencia fáctica que trabaja sobre la naturaleza estrictamente material. Habrá que añadir que su método de trabajo cumple de manera más plena que las ciencias sociales (también fácticas, contrariamente a la lógica y la matemática) con el paradigma científico actual. Es decir, ha desarrolla-

* *Facultad de Humanidades, UAEM, México.*

do sus conocimientos siguiendo el método científico que establece como normas importantes: el desarrollo crítico de la propia teoría que fundamenta la búsqueda analítica entre la realidad natural que le corresponde; la formulación fundamentada de hipótesis que orienten su búsqueda; la contrastación (contra la realidad referente) de dichas hipótesis o intuiciones fundadas, a fin de buscar su falsación (precisa Popper) como el mejor procedimiento para conocer la verdad de las interpretaciones en cuestión; comunicabilidad de los resultados al resto de los especialistas que sancionarán la corrección del método y de las herramientas utilizadas, como procedimiento para discutir la objetividad de las conclusiones comunicadas.

De la literatura como actividad humana, hemos de distinguir, en primer lugar, la producción de lo que los especialistas llaman crítica literaria. Aquí nos referiremos a esta última, como lo hemos enunciado: la creación literaria en estas líneas sólo debe ser señalada como el objeto de estudio de la disciplina crítica, sobre cuya científicidad nos preguntamos. Esto, porque la creación literaria tiene una función esencialmente lúdica... y no que con ello queramos decir que sea menos vital; al contrario, es tal vez tan vital como los sueños, a los que se parece mucho, o como el amor. Pero estas líneas no se interrogan sobre ello, sino sobre el método de las disciplinas, en este caso de la crítica literaria y sus relaciones con otras disciplinas. En esta dirección cabrá preguntarse, también como una forma de responder a la interrogante sobre el método, qué relación guarda la crítica literaria con, lo que yo llamaría, el análisis que ejercita la re-producción literaria como una forma de explicitar la belleza escondida de las letras analizadas; qué relación guarda la crítica literaria con la lingüística, o la psicología, o el psicoanálisis.

Finalmente, sobre la historia hemos de interrogarnos en qué medida pueden ser comparados su método y procedimientos con los de las ciencias naturales, para referirnos no tanto a su carácter científico o acientífico sino a sus límites que pueden, precisa y paradójicamente, conformar su fuerza, de la misma manera que, cuando hablamos de los límites del proceso de conocer humano, hemos de mencionar el análisis y la abstracción como formas de desintegrar la realidad haciéndole perder su compleja riqueza. Es cierto que ello es una limitante,

pero no es menos cierto que, precisamente esa capacidad de analizar y abstraer, nos permite adentrarnos en el objeto para comprenderlo en —(discúlpese la expresión), a través de una suerte de movimiento espiral que perfora cada vez más profundamente los objetos naturales o sociales con categorías cada vez más precisas, en la búsqueda de los elementos explicativos o causales, a fin de formular—: síntesis cada vez más ricas.

Asimismo, hemos de reconocer que el objeto de estudio de la historia, y demás ciencias sociales, es menos asible que el de las ciencias naturales, porque conlleva un sustrato social (no material en sentido estricto, pero no por ello menos natural), es decir, conformado por las relaciones entre las personas insertas siempre en grupos humanos. Una segunda limitante parece ser el hecho de que estas relaciones por analizar ya no existen (en el caso de la historia y en lo que de histórico tienen las otras disciplinas), son pasado, lo que las haría menos asibles aún. La tercera limitante se refiere a sus fuentes: nunca son completas, se van destruyendo. En el caso de la sociología, por su parte, incluso habrá que construir las fuentes —aunque parezcan que ahí están sólo esperando al estudioso—, y, como insistiremos, para ello es imprescindible el uso de herramientas conceptuales rigurosas que, además de vencer la ambigüedad y los equívocos, permitan observar o levantar encuestas: la sociología no tiene más ventajas que la historia, tiene, por el contrario, la desventaja paradójica de no beneficiarse de la distancia social o temporal de que disfrutaban la antropología (que yo llamaría exógena), a pesar o gracias a su alto riesgo de etnocentrismo, o la historia; distancias que pueden facilitar la objetividad para mirar las diferencias o descubrir lo obvio. Esta, paradoja, por hallarse inmerso el sociólogo en su propia sociedad y la dificultad de mirar lo más obvio: nuestros propios pre-juicios espontáneos.

Todo, entonces, parecería indicar que la historia (incluso más que las otras ciencias sociales), se halla en tan franca desventaja respecto de las ciencias naturales que no merecería el calificativo de disciplina científica. Por supuesto que revisar, o pegar etiquetas, es menos importante que referirnos a los límites y fortalezas de la historia como actividad intelectual. Intentemos relativizar las pretendidas ventajas de las ciencias naturales sobre las sociales.

Primera: aceptar como ventaja que la realidad

material sea más asible que la realidad social, implica privilegiar sólo un tipo, el primero, de instrumentos del conocimiento, a saber, los sentidos. Pero en el aspecto científico esta pretendida ventaja no nos lleva lejos, pues el otro instrumento, el más importante, es precisamente la capacidad de abstracción. Y digo no nos lleva muy lejos, pues de no ser así, habría que explicar por qué los animales que tienen los mismos sentidos que el hombre no saben que conocen. De cualquier manera no hemos de olvidar que incluso la realidad social la percibimos a través de los sentidos en consonancia con el ejercicio de nuestra capacidad de abstracción sobre esa realidad percibida. Por su parte, las ciencias naturales necesitan también, además de los sentidos, la inteligencia, toda la inteligencia para crear los conceptos con los que asir mentalmente esa realidad para entenderla, pues no habrá bastado manipularla; es esto tan cierto que los modelos que han sido creados para explicar la realidad material son, por fuerza de necesidad, enteramente teóricos, a tal punto que se escuchan acusaciones de ninguna correspondencia con la realidad. ¿Y qué decir cuando la física o la astronomía tienen que trabajar más con teorías, pues su materia se halla tan lejos de los científicos que se vuelve intocable por más material que sea? Pero esta observación implica un corolario que se retrueca en crítica (formulada por Bunge) para los estudiosos de las ciencias sociales que se amparan en esta supuesta desventaja de sus estudios respecto a las ciencias naturales, para explicar el relativo atraso de las primeras comparadas con estas últimas. En efecto, si es más importante la herramienta conceptual que las herramientas que sólo potencian los sentidos, la pretendida desventaja de las ciencias sociales no constituye explicación válida del atraso en que tenemos, los aficionados, a las ciencias sociales, por no haber creado, desarrollado en lugar de anquilosarnos, discutido suficientemente las categorías, contrastado (contra datos) y comparado (la respectiva contrastación de) los modelos (explícitos o implícitos).

Segunda pretendida desventaja, ¿las relaciones por analizar en las ciencias históricas por ya no existir son sólo pasado y, por ende, difícil o imposible de ser asidas? Esta desventaja se relativizaría por dos razones. En primer lugar con lo ya dicho: la herramienta más importante no es la capacidad de percepción física de los objetos, o las relaciones socia-

les, sino las herramientas conceptuales implicadas en el método general de la ciencia. Por otro lado, las ciencias naturales han tenido que enfrentarse, para construir sus explicaciones o modelos, con realidades materiales pasadas: sin pasado no hay presente en los objetos ni en las relaciones sociales; para entender el presente el pasado es útil, así como para entender al pasado el presente nos da elementos de pervivencia (lo señaló Marx no menos claramente que uno de los fundadores de la llamada Escuela de los Annales). Así pues, el tiempo transcurrido y cristalizado en las realidades presentes, lejos de ser un estorbo, es, tanto para la naturaleza material como para la naturaleza social: y parte de la realidad misma, recurso y objeto de explicación. Por ende, no sólo habría tal segunda desventaja, sino recurso y fuente para construir explicaciones válidas.

Y puesto que hablamos de historia y presente, permítanseme dos ejemplos de nuestra realidad, mexicana una y mexiquense (no menos mexicana, por supuesto) la segunda. Si queremos entender mejor la cultura prehispánica o colonial de nuestro país, no sólo partimos del presente (inquietados por el previsible futuro) para plantearnos la pregunta fundadora de un trabajo de investigación, sino que además podemos recurrir a las formas pervivientes del cultivo del maíz, del frijol, del amaranto o de los nopales, por ejemplo, así como a las formas vivas de cultura culinaria mexicana, a fin de entender, reconstruir y explicar, al menos parte de la cultura total de la sociedad de donde venimos y que pervive en más de una forma en nosotros. El material para el segundo ejemplo me lo proporcionó un estudiante de la maestría en estudios latinoamericanos de nuestra facultad: hace unos quince años fue testigo presencial del viejo ejercicio medieval (¿o capitalista deformado?) del derecho de pernada, a no más de treinta kilómetros de la capital del estado. Ese hecho, junto a otras limitaciones de los derechos que hoy llamamos individuales (pero el implicado en la cita nos parece muy significativo si pensamos que el ejercicio de la propia sexualidad expresaría de la manera más profunda la libertad individual, ¡no hablo de libertad social!), ese hecho, repito, no sólo debe ser explicado en el presente: es fundamental, desde mi perspectiva, explicarlo en y por el pasado. Sin embargo, no es el tema de esta argumentación preguntar con ayuda de cuál de los

modelos conceptuales se explica más convincentemente: es la realidad misma, y la explicación o no explicación de ella, lo que formulará la "sanción" académico-teórica sobre la objetividad de uno u otro modelo (¿o no?) (Me refiero a que si tal pervivencia hay que explicarla, precisamente, como pervivencia de elementos feudales que habrían resistido al tiempo y a la transformación del resto de las relaciones, o se explicarían por un capitalismo que habría nacido, además de muy prematuro, deformado y periférico). Pero pasemos, por hoy sin más, a la tercera desventaja de la ciencias sociales respecto a las naturales.

Las fuentes del historiador (como las del antropólogo exógeno, o del sociólogo que tiene dificultades con lo obvio, según anotamos arriba, como las de los demás científicos sociales, incluido el crítico literario) nunca son completas, se van destruyendo, hay que interpretarlas objetivamente. Hemos de abundar, para contestar la tercera pretensión de desventaja, en el mismo tipo de argumentos esgrimidos. La materia objeto de estudio de las ciencias naturales tampoco se entrega al investigador de manera total, inmediata, ni automática, ni transparente; de la misma manera, esa realidad natural presente no es menos resultado de un devenir, de una evolución por redescubrir; lo social histórico y presente es también resultante evolutiva de objetos que ya no existen, o no existen de la misma manera. Tal redescubrimiento de las evoluciones explicativas, pues, requieren del mismo tipo de instrumentos en ambos tipos de disciplinas: categorías, argumentos y modelos, todos en continua evolución por ser discutibles por antonomasia. En ambos casos, pues, se requiere de interpretación, de búsqueda-hallazgo interpretativo. Esto no implica negar que, efectivamente, la parquedad de fuentes dificulte el trabajo del historiador (o en lo que de histórico tengan las otras disciplinas sociales), aun cuando pueda recurrirse a la analogía.

En relación con la crítica literaria, permítaseme formular, dado mi desconocimiento, algunas sospechas respecto a su método de trabajo y, por ende, a su científicidad. Una vez más, lo importante de la actividad científica es el método más que el objeto o los resultados. Si lo dicho para las ciencias, en general, es aplicable a la crítica literaria, entonces se podría concluir que su forma de trabajo es científica: ¿se utiliza la lógica? —el método más general

de la ciencia, es decir donde la regla de oro es seguir el principio de no contradicción—; ¿se usan conceptos, categorías y modelos para explicar la producción literaria? (que es social y personal o psicológica); ¿se comunican los resultados de esas tentativas de explicación y contrastación, y se discuten entre especialistas que sancionan y hacen progresar todo el procedimiento, la definición y uso de categorías que permitieron la citada explicación? Si la respuesta a estas preguntas es afirmativa, consideraremos que tal actividad crítica es científica y puede apoyar, o inspirar, el progresivo conocimiento humano de la realidad social. Prueba de esto es que, como decíamos al principio, la crítica literaria guarda relación estrecha con otras disciplinas científicas como la lingüística o la historia. Otro asunto será discutir la relación que guarde con disciplinas tales como la psicología o el psicoanálisis, si se recuerda que a tales actividades se les ha escatimado, con mayor fuerza y tal vez con mayor razón, el derecho a llamarse disciplinas científicas: no es que pretenda descalificar sin más tales actividades, como tampoco descalificamos, al contrario, a la filosofía. Freud sigue siendo uno de los mayores pensadores de la humanidad, y su descubrimiento del inconsciente ha permitido entender o al menos plantear preguntas más pertinentes sobre el comportamiento humano. ¿Habrá que decir que lo mejor del psicoanálisis tiene su lugar en la reflexión filosófica, que como dijimos no es ciencia por cumplir con todos, menos uno de los requisitos, el de la posibilidad de contrastar fácticamente sus conclusiones? Esta es mi sospecha. En cuanto a la crítica literaria que sólo, o fundamentalmente, busca rescatar, subrayar, evidenciar, valorar, el sentido, o los sentidos, de la creación literaria, más que explicar ésta en función de hipótesis, me atrevería a decir que consistiría en una re-creación literaria, cuya función sería la prolongación de la finalidad lúdica de la propia creación literaria, y compartiría, por ende, su vital importancia.

En este sentido, he tratado de relativizar, por supuesto que no de manera original pero espero que sí con coherencia, los argumentos aducidos para negar el carácter científico de la historia y las ciencias sociales. Pero tan importante como esa defensa ha de ser la autocrítica, frente a la comodidad de aducir dificultades intrínsecas del objeto de estudio social para explicar el menor avance del análisis histórico, menor del que parecen lograr las ciencias

naturales. En conclusión de estos puntos, habrá que señalar que tan objetivas pueden ser las ciencias sociales como las naturales: ambas pueden alcanzar verdades, parciales y en revisión constante, sin duda, pero objetivas porque ambas usan el mismo método general de la ciencia; ambas re-construyen (debieran) permanentemente, por la comunicabilidad con otros especialistas, sus teorías; ambas por ser naturalistas buscan y pueden lograr de algún modo la contrastación fáctica de sus hipótesis, de sus modelos.

Finalmente habrá que subrayar, como una forma de transitar a la pregunta sobre la importancia del trabajo en los archivos, que la filosofía, contrariamente a las ciencias naturales y sociales, adolece, no del método general de todas las ciencias, sino de la posibilidad de contrastar fácticamente sus conclusiones reflexivas sobre la realidad (así habría que entender la afirmación de Comte Sponville y Savater de que en el momento que dichas conclusiones pudieran ser contrastadas, se volverían objetivas en sentido estricto y dejarían de ser conclusiones filosóficas). Por supuesto que esto no implica menospreciar, al contrario, la filosofía, sino, definir su forma de trabajo: recuerdo también la afirmación aparentemente paradójica del doctor Malishev de que la filosofía sólo es una prolongación y profundización del recto sentido común. Recto sentido común disciplinado que de ninguna manera debe estar ausente del trabajo del historiador o los demás humanistas: ni como punto de partida, es decir, para formular preguntas fundadoras de investigación, ni para retomar planteamientos filosóficos que buscaran ser contrastados por la labor histórica. Por lo dicho, sustento que no se trata de menosprecio de la filosofía. Tampoco hemos de olvidar que todos los pueblos, aplicando el sentido común, han construido culturas tan diversas como coherentes y admirables. La filosofía, con su fuerza no menos que con sus límites, busca dar luz sobre el sentido de la vida humana: ¿habría objeto de estudio más importante que éste?

Y en la línea de aprecio por la filosofía, y la relación entre disciplinas, habría que añadir que la admiración por el verdadero rigor filosófico en la reflexión debiera llevar al historiador, al humanista, a no detenerse en la simple recolección de datos: no puede eludir el uso de abstracciones y categorías para poder seleccionar, fundada y perti-

nentemente los datos, poder interpretarlos, poder construir así razonamientos que lo conduzcan a formular tesis (explicaciones: no otra cosa son las tesis; por ello me parece inadecuado llamar tesis —o libro— a un catálogo de fuentes, o la simple presentación o recopilación de datos; no digo que esto constituya un trabajo inútil sino que es sólo el primero, al que se le puede llamar, para efectos escolares, si se quiere, trabajo recepcional). De la literatura y de la crítica literaria cabría decir un par de cosas. La creación literaria, por ser social, puede ser no sólo inspiración de estudios históricos o filosóficos, sino que con cierta frecuencia aporta datos y claves de interpretación para la historia; ejemplos de ello pueden ser, por una parte, las novelas históricas, y, por la otra, la percepción de poetas (¿los poetas con más frecuencia, en México, que los novelistas?, ¿y ello debido al muy esforzado rigor que la leve densidad de la palabra poética exige de sus plumas, plumas pulsadas entonces como bisturíes?) percepción, repito, que los ha llevado a escribir lúcidos y estimulantes ensayos (pienso en el libro sobre Sor Juana de Octavio Paz, en su propio *Laberinto de la soledad*, y en los ensayos no literarios de Gabriel Zaíd).

Cada ciencia, pues, tiene sus límites y su fortaleza. Si sólo la matemática y la lógica llegan a construir modelos perfectos por ser enteramente abstractos; y la filosofía explicaciones tan frágiles como, con frecuencia, brillantes por el rigor que aplica; las ciencias naturales sólo difieren de las sociales en la mayor fragilidad de las fuentes de éstas: pero las fuentes existen, y por lo mismo permiten la contrastación fáctica, tal vez más frágil que en las ciencias naturales (aunque no siempre, como ya adjunimos respecto a la construcción de modelos explicativos), pero al fin y al cabo existentes. Pretendo que esto, precisamente, constituya una fortaleza (en cierto sentido una responsabilidad académica mayor), de la historia frente a la filosofía, porque no hay que olvidar que la historia se ocupa de temas que la filosofía ha abordado (como también las ciencias naturales aportan datos y conclusiones convalidadas por su paradigma, a la reflexión histórica, o como la aritmética u otras ciencias le aportan herramientas útiles: recuérdese el origen de la Escuela de los Annales). Insisto en que hablar de grados de fortaleza es hablar de definiciones y no de jerarquías. Todas las ciencias requieren el rigor del método y el rigor del uso de sus herramientas pro-

pias: la filosofía no puede contrastar contra datos documentales, las ciencias naturales lo hacen de manera más importante que la historia o las otras ciencias sociales —de ahí la relativa mayor fragilidad de éstas—, pero en todos los casos se requiere, además del método general, de la re-visión, re-construcción permanente de las teorías (por muy modesta que sea la revisión, pero no catecismos ni recetarios) en que sustentan las disciplinas sus explicaciones. En resumen, la filosofía no contrasta (¿la crítica literaria lo hace?), y en ese sentido, sólo en ése, no es objetiva; la historia puede ser objetiva, como las ciencias naturales, pero cuidado: si objetiva quiere decir que puede alcanzar la verdad, no olvidar que es una verdad parcial como en todas las ciencias (parcial más que relativa), pero sobre todo que no se trata nunca de certezas, ineluctablemente, no hay certezas: este límite es parte de la angustia humana vital, pero también constituye un reto que el hombre ha aceptado.

Así pues, los datos documentales no son lo más importante para la disciplina histórica, pero, después de las categorías, son los datos los que alimentan la teoría y, sobre todo, sancionan en última instancia la objetividad de los modelos propuestos. Lamentablemente, con cierta frecuencia los datos documentales se hallan guardados con exceso de celo, exceso que recuerda *El nombre de la rosa* de Umberto Eco.

Enhorabuena por la historia y las ciencias sociales que no se cierran, ni a la duda metódica (que no sistemática, aclara Popper), ni a la duda radical de los pares, formulada por Weber, ni a la autocrítica, ni a la discusión abierta en tales sentidos (tanto sobre las categorías, razonamientos y modelos, como sobre el resto de los pasos del método científico, en particular sobre la recuperación e interpretación de los datos), ni al trabajo largo, disciplinado, sobre los documentos de entre los que se recuperan los datos que servirán a la contrastación histórica.

